

## Recuerdos de un Pediatra

Antes de comenzar quisiera explicar, a modo de preámbulo, los motivos de mi presencia en este número de la Revista dedicado monográficamente a conmemorar el cincuentenario de nuestra Sociedad. Estoy aquí simplemente por invitación de mi buen amigo Víctor García Nieto, que supongo que me ha elegido para este encargo, más por la coincidencia en el tiempo del comienzo de mi vida profesional con la fundación de la Sociedad Canaria de Pediatría (SCP), y mi modesta colaboración en ella a lo largo de las cinco décadas transcurridas, que por cualesquiera otras circunstancias que, seguro, habría encontrado en otros muchos compañeros más cualificados para ello. En cualquier caso quiero dejar constancia de mi agradecimiento a Víctor por brindarme esta oportunidad que tanto me satisface.

No deseo hacer un relato histórico de estas primeras cinco décadas de vida de nuestra SCP, nada más lejos de mi intención, que, por otra parte, su historia ya está recogida en abundante publicaciones de libros, revistas, artículos de prensa, etc... Por el contrario, intentaré abrir el baúl de mis recuerdos que como pediatra están íntimamente ligados a la SCP, así como a las personas y entidades que la hicieron posible, con las que tuve el honor de colaborar desde el primer día de mi inicio profesional. Me refiero a D. Diego Guigou y a todos sus colaboradores en el Hospital de Niños, los que ya estaban a mi llegada en el otoño del año 1.959 y los de mi generación que lo hacían o lo habían hecho ya por esas fechas y sucesivas de los años sesenta. Advierto que no podré separar mis recuerdos de los que me afloran por el ejercicio privado de la Pediatría, actividad que practiqué desde mis inicios y siempre la mantuve muy relacionada con el Hospitalito. También esta práctica privada de la Pediatría me abrió un mundo, insospechado entonces para mí, no sólo en las relaciones con el enfermo y sus familias, sino con otros compañeros de diversas especialidades, clínicas, laboratorios farmacológicos y hasta, en ocasiones, con el mundo de las comunicaciones que tuve que ir aprendiendo poco a poco porque, si bien, mayoritariamente fueron agradablemente satisfactorias, no faltó alguna contrariedad que también supe aprovechar en lo que tuvieron de enseñanza y experiencia para mí.

Mis recuerdos de estos primeros tiempos me van llegando como vistos a través de una ligera neblina que se establece inevitablemente con el paso de los años. Eran tiempos de depresión y de grandes carencias donde la situación sanitaria no resultaba mejor parada: antiguos hospitales envejecidos, pocos y mal dotados, con un número de camas insuficientes para la población existente; una Seguridad Social que por entonces sólo cubría a una pequeña parte de la población, con instalaciones deprimentes y una oferta asistencial mínima; algunas otras instalaciones como el Sanatorio Antituberculoso, más moderno y mejor dotado pero que pocos años más tardes fue reconvertido en el Hospital de Enfermedades del Tórax al haber perdido su antigua finalidad como consecuencia de la casi desaparición de la enfermedad tuberculosa por la, entonces, reciente aparición de la estreptomycin y los nuevos tuberculostáticos y por el resurgimiento económico y bienestar social que se inició en la década de los sesenta; y el Hospital de Niños del que poco voy a decir porque no es este el momento ni el lugar para tratar algo que requeriría mucho más tiempo y espacio del que aquí podamos disponer. Sólo hacer referencia a que conocí a don Diego Guigou desde donde arrancan mis primeros recuerdos de la infancia por haber existido una relación de amistad entre ambas familias y él había sido mi pediatra y el de todos mis hermanos, conocimiento y amistad que se consolidó con los años a partir de mi incorporación como médico al Hospital de Niños. Fue hombre de profunda formación médica, amplia cultura, aficionado a la investigación histórica con algunos libros publicados y devoto de la buena música. Me contaba en una ocasión que estando ya su padre, el fundador del Hospitalito, en el lecho de muerte le había hecho prometer que nunca abandonaría su obra, promesa que por lealtad se esforzó siempre en cumplir pese a las tremendas dificultades de tantos años de escasez, penuria y desentendimiento de cuantas instancias oficiales fueron requeridas. Don Diego, para el que no lo conocía, podía dar una primera impresión de carácter un tanto adusto y desconfiado, pero a medida que lo ibas conociendo mostraba su gran corazón y afectuosidad. A propósito de esto recuerdo una anécdota ocurrida con motivo de una visita que le hice a su casa estando ya con la enfermedad que acabó con su vida.

Estábamos en su despacho hablando de lo que más le interesaba, de su familia, de la mía, del Hospitalito y otras cosas, cuando reparé en un precioso microscopio antiguo que estaba sobre una mesa. Viendo don Diego que yo lo observaba con curiosidad me contó su historia: "Ese microscopio – me dijo – era de tu bisabuelo don Eduardo Domínguez Alfonso, me lo regaló cuando ya él, muy mayor y enfermo, había abandonado la práctica de la medicina. Si lo observas - continuó - verás que es idéntico, de la misma marca y modelo que el que usaba Santiago Ramón y Cajal, como muestran las fotografías, muy extendidas, de don Santiago sentado ante su microscopio en el laboratorio". Después de una pausa continuó diciendo: "Yo lo usé en el pequeño laboratorio que tuvimos en el Hospitalito hasta que lo pudimos cambiar por otro más moderno. Creo que en adelante quien mejor lo puede guardar eres tú, así que cuando salgas de aquí te lo llevas". Yo lo rehusé amablemente diciéndole que se lo agradecía muchísimo pero que era en su casa donde mejor estaba y allí debería seguir estando, como así fue.

El ejercicio privado de la Pediatría no ofreció demasiadas dificultades a los de mi generación en sus comienzos. La escasez de médicos era notoria en una población con un índice de crecimiento importante, lo que unido a la falta de instalaciones adecuadas, entre otras los servicios de urgencias, hacían de esta profesión un trabajo agotador que, en ocasiones, llegaba a la extenuación o a interferir la vida familiar del médico.

Muchas veces me he preguntado: ¿Cómo fue posible superar una situación sanitaria tan pobre y con tantas dificultades? La respuesta parece obvia: Se inició con la recuperación económica de los años sesenta y los cambios políticos de los setenta. Pero no me parece suficiente. Los que vivimos esos años lo sabemos. Y si no: ¿Cómo se ganó el pulso contra los elementos? - que diría un castizo - y él mismo se respondería: gracias al personal.

En efecto, había que conocer a los auténticos protagonistas. Hombres como el ya mencionado Diego Guigou en el Hospital de Niños y sus colaboradores como Miguel Estarriol Hamilton y Juan Vidal Torres por nombrar sólo algunos de los más antiguos; Isidoro Hernández, hombre de gran personalidad, puericultor del Estado dirigiendo la Escuela Departamental de Puericultura; Agustín Oliva Boligán, siempre derrochando sencillez y buen humor a la vez que un magnífico y experimentado pediatra; Rafael Folch, trabajador infatigable y siempre dispuesto a colaborar en cualquier actividad para la que fuese requerido o él mismo iniciara; José

Gerardo Martín Herrera, internista y pediatra de profunda formación médica y grandes cualidades humanas. Todos ya desaparecidos pero que vienen fácilmente en mis recuerdos por mi mayor proximidad a ellos. Pero fueron más, muchos más, que no cito por no pretender hacer aquí apología de nada ni de nadie.

Tampoco quiero extender mis recuerdos de aquellos años a otros ámbitos de la Medicina por que sería salirse de las limitaciones de estas líneas por sentido y extensión. Sólo decir que la clase médica en general dio la talla en calidad científica y humana. Fue una generación de profesionales que dejaron huella.

La tercera pata de la labor sanitaria la constituyó el llamado, a mi juicio impropriamente, el "personal auxiliar" que, como siempre, realizaba un trabajo de primerísima importancia, como ayudantes de quirófano, de laboratorio, de anestesia, curas y aplicación de tratamientos, y un largo etc.. Entre este personal hay que incluir, por su admirable y eficaz labor, a los hombres y mujeres de las órdenes religiosas que se ocupaban mayoritariamente de la enfermería a la vez que del trabajo doméstico en la mayor parte de las instalaciones sanitarias públicas o privadas. Su entrega total y absoluta a su trabajo iba más allá de lo que humanamente se les podía exigir. Dejo mi recuerdo como modesto homenaje hacia todas esas personas.

Con este, tal vez largo, preámbulo he pretendido hacer una panorámica de la situación médico-sanitaria general y especialmente de la Pediatría en los años que precedieron a la fundación de la SCP. No sé si lo habré conseguido, pero en cualquier caso no se trata de un trabajo documentado y preciso, tan sólo de hacer una rememoración a vuela pluma de mis impresiones personales.

Con anterioridad a la fundación de la Sociedad ya nos habíamos incorporados los primeros pediatras de mi generación, los incorporados en la década de los cincuenta, algo más antiguos. Entre ellos recuerdo a Pedro Rodríguez Trujillo y a Jaime Chaves Hernández, este último desgraciadamente ya desaparecido, y a ambos, como entrañables amigos, grandes pediatras y muy representativos de esa promoción, y ya finalizando la década Juan Pedro López Samblás y yo mismo a renglón seguido. Iniciados los años los sesenta nos llegó una verdadera riada de nuevas aportaciones que formaron una brillante promoción, actualmente en plena madurez, que fue seguida, de los setenta en adelante, por las primeras y sucesivas promociones salidas de nuestra reciente Facultad de Medicina.

En la década de los cincuenta ya se venían constituyendo en España diversas Sociedades de Pediatría en el seno de la APE (Asociación de Pediatras Españoles) que posteriormente pasaría a llamarse AEP (Asociación Española de Pediatría), y celebra su primera Reunión Anual en Barcelona en 1.961 bajo la presidencia del Dr. Enrique Jaso Roldán, en la que se tomó el acuerdo de que en el futuro estas Reuniones fueran organizadas por las Sociedades Regionales siguiendo un riguroso turno por antigüedad.

Desde algún tiempo antes ya venía D. Diego Guigou teniendo contactos con la AEP y otras Sociedades de Pediatría peninsulares, así como intercambio de pareceres en el COM de esta provincia y a nivel privado con compañeros de su entorno. De ahí salió el Reglamento que pronto habían de presentarse. Pero el motivo final por el que se decidió activar la constitución de la SCP está perfectamente relatado por Juan Pedro López Samblás que, como testigo de excepción, publicó en Canarias Pediátrica años más tarde. Cuenta como en la clausura del X Congreso Nacional de Pediatría celebrado en Madrid en octubre de 1.960, el Dr. Guigou solicita de la Asamblea que la sede del siguiente Congreso Nacional fuese en Canarias, propuesta que fue aceptada por unanimidad. Poco después de este acto, estando de charla ya en los prolegómenos de la cena de clausura, el propio López Samblás con D. Diego Guigou, D. Isidoro Hernández y el presidente del Congreso, Prof. Ciriaco de Laguna, manifiesta D. Diego su preocupación ante la responsabilidad contraída de organizar, a cuatro años vista, el Congreso en Canarias. D. Ciriaco les apunta que les facilitaría mucho la labor la creación de la ya pensada Sociedad Canaria de Pediatría.

Los trabajos previos comienzan de inmediato en ambas provincias canarias ya que en los Estatutos se contemplaba la creación de dos Secciones, la Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas de Gran Canaria respectivamente, con sede alternante de duración de un bienio en cada cuatrienio legislativo.

El Acto fundacional de la Sociedad Canaria de Pediatría se celebró en Colegio Oficial de Médicos de Santa Cruz de Tenerife, -copio textualmente de alguna publicación- el 21 de abril de 1.961, presidido por los Dres. D. Diego M. Guigou y Costa, D. Isidoro Hernández y D. Eduardo Machado Codesido, actuando este último de secretario, estando presente el Dr. D. Luis del Valle, en representación de los pediatras de la provincia de Las Palmas de Gran Canaria. Aclaro que el hecho de haber estado yo actuando de secretario en este Acto no se debió a otro mérito que el ser el pediatra más joven en ese momento, como así era preceptivo.

Tras celebrarse una rigurosa votación secreta de cargo por cargo sale elegida la primera Junta Directiva formada como sigue:

Presidente: D. Diego Guigou y Costa  
 Vice-Presidente: D. Gerardo Martín Herrera  
 Secretario: D. Pedro Rodríguez Trujillo  
 Vicesecretario-Contador: D. Agustín Oliva Boligán  
 Tesorero: D. Eduardo Machado Codesido  
 Bibliotecaria: D<sup>a</sup> Risela Hernández Cañadas  
 Vocales: D. Jaime Chaves Hernández  
 D. Luis del Valle Benítez en representación de Las Palmas.

Unos días más tarde, el 12 de mayo, celebran en Las Palmas el Acto constitutivo de su Sección de la que sale elegido como presidente D. Luis del Valle.

Inmediatamente se procede a presentar el Proyecto de Reglamento de la Sociedad Canaria de Pediatría en el Gobierno Civil de Santa Cruz de Tenerife que es autorizado por la Dirección General de Política Interior con fecha del 11 de junio del mismo año.

A partir de ese momento y sin pausa alguna, ambas Secciones de la Sociedad entramos en una frenética labor para la preparación del XI Congreso que se nos avecinaba, con inauguración en Las Palmas y clausura en Tenerife. Para mí fue una experiencia inolvidable el vivir desde dentro la tremenda complejidad de un evento de estas dimensiones; la planificación de todo, hasta los más nimios detalles; las dificultades, reuniones y problemas para, finalmente quedar en una espera nerviosamente expectante de que todo saliera bien.

No quiero seguir adelante con mis recuerdos que harían interminable estas cuartillas (inicialmente iban a ser unos reglones). Basta con esta rememoración de mis primeros años de ejercicio profesional. Sólo decir que los años que siguieron fueron igualmente gratos para mí. Continué colaborando con la SCP con diversos cargos directivos, en el último de los cuales tuve el honor de presidirla. Tengo la satisfacción de haber hecho el trabajo que me gustaba y he disfrutado de amigos y compañeros que tal vez no me haya merecido.